

LA CULTURA MODERNA, EN QUIEBRA

(Modernos Educadores)

El Colegio de Iverdon fué la obra postrimera de Pestalozzi y en la que cosechó más lauros el célebre reformador suizo. Por desgracia, su ancianidad fué muy amarga. Tuvo que sufrir negros sinsabores de los que le rodeaban. "Habíamos fundado esta casa con amor, decía, y el amor ha huido de nosotros". Se sublevaba y designaba con palabras duras, dice Compayre, a los que sin embargo amaba: "Jullien es un francés superficial; Krusi es un perro holgazán; Schmid tiene el aspecto de un asno salvaje".

Es esta carga de maestro de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideración social, es tan modesta la gloria que acarrea y tan escasos los emolumentos que proporciona que es muy fácil que los que a ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron.

Importa advertir que el que separaba su fe de los dogmas del cristianismo; el que se contentaba por toda religión que "la madre, después de haber enseñado sobre su regazo al niño a balbucear el nombre de Dios, le mostrara el Amor universal en el Sol que sale, en el arroyo que murmura, en las gotas de rocío que brillan como perlas, sobre las plantas, en los colores brillantes de las flores", tuvo que volver la mente hacia los dogmas olvidados, fuentes inagotables de consuelo para su corazón sediento de ternuras. Confesaba la Providencia cuando decía: "en los días tormentosos Dios me ha sostenido. Reconozco la mano de Dios", y crecía en la eficacia de la oración cuando él mismo se reprochaba el olvido en que había tenido sus devociones.

Lleno de padecimientos morales y casi en la indigencia tuvo que abandonar Iverdon y refugiarse en su casita de campo de Neuhoof. El único que no le abandonó en su desgracia, fué, el sólo católico entre sus colaboradores, Schmidt.

Pestalozzi dice en "Schwanengesang", su testamento pedagógico: "enseñad todas las cosas que yo he propuesto y retened de ellas lo que sea bueno. Si en vuestras almas ha madurado alguna concepción mejor, añadidla a lo que me he esforzado en ofreceros con un espíritu de verdad y amor; pero, por favor, no desechéis sin examen en montón toda la obra, como si fuera una quimera condenada de antemano."

Si estas palabras no nos autoriza-

ran a hacer la crítica de su sistema, la experiencia de más de cien años de enseñanza pestalozziana en el mundo, nos daría derecho a ello.

Su nombre, acompañado de su sistema, ha dado la vuelta al mundo. Viesinger le introdujo en Alemania y le "saluda como una esperanza del pueblo alemán en los días nefastos". Von Mural en Rusia, Schmit con otros cinco profesores de Iverdon en Francia, y Graves, su amante sajón, en Inglaterra.

Los Estados Unidos, dice Compayre, "recibieron las primeras iniciaciones del método pestalozziano de Neuf, que fué uno de los maestros que tuvo Pestalozzi en Burgdorf. Más tarde fué allá el hijo de Krusi, del primer asociado que tuvo Pestalozzi en Burgdorf". "Este llegó a ser profesor de ciencia de educación, en la escuela educacional de Olwego, en el estado de Nueva York; y hace pocos años decía un periódico americano: "puede decirse con exactitud que el sistema de educación actual, en su conjunto, es pestalozziano".

Si es de admirar Pestalozzi cuando se queja del olvido en que tienen los gobiernos a la gente proletaria, de la que no se acuerdan más que cuando se trata de someterlos al servicio militar, "no lo es como autor de la escuela laica". Si estuvo en lo cierto al afirmar que "el alumno no debe ser instrumento pasivo y que su instrucción no será sólida si no es al mismo tiempo agente"; fué un iluso en su fe ciega en la instrucción, como medio de tener una humanidad mejor y más dichosa.

Pestalozzi, dice Compayre, buscaba siempre protectores poderosos. Sabía muy bien que para que las reformas más necesarias triunfen, no basta la acción individual; se necesita el apoyo de gobernantes y el concurso de legisladores. "Busco un ministro que sea un hombre", solía decir. Si no siempre encontró la protección áulica y oficial, su sistema llegó a entronizarse, gracias a la "moda". Siempre el mundo fué inclinado a los nuevos sistemas y usos. Esto lo lleva de suyo la misma naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. A lo que no quita la vida, quita la gracia. "Est quoque cunctarum novitas gratissima rerum" dijo el Poeta. A Pestalozzi en Iverdon le visitaban los filantropistas del mismo modo que se iban de excursión a un pico célebre o a un glaciar, como se va hoy a Interlaken o a Jungfrau, la más bella montaña de Suiza.

Pero, es el caso que no agrada la moda por mejor, sino por nueva. Y no agrada por nueva sino porque se juzga lo es y por lo común se juzga mal. Los modos de educación de hoy que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos. Hoy vence el uso mismo que hace veinte siglos expiró.

La presión de los conceptos romanonaturalistas restaurados por Grocio y sublimados por Kant y por el autor del "Emilio", quien imitó servilmente a Platón, informan nuestro sistema educacional. La incapacidad educadora de nuestros modernos pedagogos se manifiesta en el olvido de las más atinadas y sabias observaciones psicológicas de los antiguos educadores y en el vil remedo de las más triviales.

Tenemos en mucha estima el atletismo y el cuidado del físico, que tienden a hacer del hombre, en expresión festiva, de Emerson, "un robusto animal" y olvidamos que aún para los paganos la felicidad y perfección del hombre consistían en la operación de la potencia más perfecta, cuyo objeto más sublime era Dios.

Si un pedagogo cristiano hiciera hoy aquí una campaña contra la música amorosa y sensualista, que forma la "great attraction" de nuestros salones, sería tildado como detentor del númen artístico. Platón y Aristóteles procedían con más escrupulo en materia tan delicada. Creían que nada era tan perjudicial para una república bien ordenada como dejar se introdujera una melodía afeminada: "ésta, dice Platón, enerva a los hombres, vuelve las almas débiles y voluptuosas. Los tonos lánguidos y apasionados producen tanto placer, porque el alma se abandona a la atracción de los sentidos hasta embriagarse".

El aumento del alienismo y la criminalidad precisamente en los países donde más extendida está la escuela laica pestalozziana, prueba que la cultura moderna está en quiebra. En los Estados Unidos, los "mentalmente débiles" eran 363 por cada 100,000 habitantes en 1881 y actualmente son 429 por 100,000. En Prusia su número ha subido de 22.4 por 10,000 que eran en 1889 a 115 en 1908.

El número de criminales es mayor cada día en ambos países: el paraíso en que soñara Pestalozzi cada día está más lejos.

A MARCIAL.